

LAS ALAS ABIERTAS

Iba Soledad a cerrar para siempre la casa, resto de su menguado patrimonio campesino. Quería que permaneciera silenciosa como una tumba, quieta y vacía como un corazón que ha perdido la última gota de su zumo.

Fué andando por las solitarias habitaciones, de puntillas, lo mismo que si alguien durmiese, y entornando las ventanas con trémula solicitud, como quien cierra los ojos a un cadáver.

Después se sentó en la tarima que formaba una pequeña altura en la alcoba del niño, y quedóse escuchando la silente voz del misterio, acongojada por el desfile de las tremendas evocaciones: la muerte y la vida le dijeron en aquellos minutos una multitud de palabras crueles y agudas, cuyo sentido escapaba en parte a la conciencia entumecida de la pobre mujer.

Recordaba la terrible equivocación de su boda, la sorpresa lamentable con que volvió a la realidad desde el limbo de las ilusiones, casada con un hombre malvado, perdida para siempre la huella de un destino apacible.

Y ancho surco, lleno de luz, se abrió luego en las trágicas memorias al recibir la imagen placentera del hijo soñado; el consuelo, la esperanza que florecían de pronto en la desolación de la ruta: dar al niño el jugo de la existencia y el calor del alma, fueron desde entonces para Soledad un supremo gozo.

La fuga cobarde del marido, dejándola únicamente los rezagos de la hacienda, mostró a la despojada un nuevo aspecto de la liberación: podía consagrarse al hijo con benigna tranquilidad, y no temía la escasez de los bienes en tanto que abrazase el tesoro de su amada criatura.

Se le hizo leve el peso de la cruz; un aura de entu-

siasmo le ciñó la frente como una corona, y comenzó a vivir con regocijo sereno, mientras Arcángel se criaba.

Llegó el nene a contar seis años; era hermoso y dulce; lucía

la guedeja rubia y los ojos sombríos, la sonrisa pronta, el aire gentil; preguntaba todas las cosas con una profunda expresión de curiosidad, y tenía mucho empeño en conocer el camino invisible por donde las almas puras suben al cielo.

Una noche...

Soledad se irguió estremecida en la penumbra de la alcoba: el dardo punzante de aquel recuerdo la hería con espantoso dolor. Cerró los ojos huyendo de la tímida claridad que llegaba por el gabinete desde el balcón entornado... Y siguió viendo en toda su desgarradora pesadumbre la incurable dolencia del niño, su extenuación, su agonía, el roce helado de la muerte sobre la carne virgen, aquella última hora en que las sienes de Arcángel se tiñeron con un vago resplandor azul, hasta que le tembló en los labios un soplo frío, se le apagó en los ojos la remota lumbre de una estrella y quedó yerto, mudo, sonriente, surcando en la sombra el camino de las almas puras que suben a Dios...

La madre tiende alucinada los brazos al sitio donde estuvo el lecho. Aún cree percibir la fragancia de las rosas primaverales que se marchitaron sobre el inocente, ese olor inconfundible de cirios apagados y despojos de jardín, que trasciende de la estancia de los muertos como un perfume sepulcral.

Unos pasos importunos resuenan en el callizo silencioso, y temiendo que alguien turbe su despedida sa-

grada, la señora se apresura por el corredor, arrancándose del recinto familiar con dolida prontitud. Al impulso de su mano temblona, clama la cerradura con un largo sonido que parece una queja, y Soledad se detiene en el huerto y le atisba anhelante, bajo la nube amarga de su llanto, a la luz mortecina del crepúsculo.

Unos parientes de la dama, que han de guardar la menuda finca, esperan allí para recoger las llaves y acompañar a la viajera a la estación. Porque va Soledad a recluírse en un convento lejano, admitida fuera de la orden por un favor especial, y con propósito de permanecer siempre en el generoso refugio.

Vuelve la madre su turbia mirada al abandonado rincón. Todo yace muerto en él; se anegan ya en la sombra los desvaídos perfiles del jardín, acosados por las primeras ráfagas del otoño, huídas las flores de los planteles, rota la espesura de las lindes: los árboles, casi desnudos parecen más crecidos, y las hojas al caer semejan lágrimas de fuego.

La casita clarea un instante al través de las ramas oscuras.

Soledad posa los ojos en el ciego camino, y la noche sin la luna se queda velando junto a la cerrada pared.

Pasan los años y la madre, olvidada por el mundo, vive en su voluntario retiro conformándose a las leyes de Dios, recreándose con morbosa tristeza en el pensamiento egoísta de la casa y el jardín clausurados para siempre en homenaje a un recuerdo; fríos y silenciosos como una tumba.

Va a cumplirse un nuevo aniversario de la muerte de Arcángel, y a la dama le seduce con tenaz obsesión el deseo de volver al paraje de su amor y su desventura, de llorar, otra vez, en la alcoba solitaria y en el huerto asolado.

Hasta que un día se pone en camino. Quiere presentarse de incógnito en la aldea y cumplir su visita dolorosa con solemne recogimiento, como quien rinde peregrinación a un santo lugar.

Llega al anochecer, y desde la estación del ferrocarril necesita andar un largo trayecto, cruzar un río, atravesar un bosque, subir una loma, vencer un alcor.

Nada la detiene: ya enardecida al contacto de los ambajes conocidos, se impacienta por hundir la mirada aquella misma noche en los contornos del triste hogar.

Y camina bajo la dulzura de Mayo, a esa hora extraña en que la brisa se apodera de los versos divinos cerca de las nubes y los va cantando por el mundo sin saber lo que hace.

Desborda la vida su densidad en todos los senderos; estallan los capullos en el corazón inflamado de las rosas; jadea el bosque, loco de inquietud: sobre cada nido hay un ave con las alas abiertas, y la sombra se inclina sobre el cielo en las mudas cumbres del espacio.

Soledad recorre, estremecida de asombro, el valle amigo que le parece nuevo; cruza, sobre una pontezuela temblorosa, la corriente, de las aguas febriles, y arriba a los lindazos de su antiguo vergel.

Se queda inmóvil de estupor: la casa resplandece con los balcones iluminados y abiertos; la casa vive y suena ceñida por la corona odorante del jardín; surten dentro la voz de un hombre, la risa de un niño, el cantar de una mujer.

Los guardianes de la vivienda la han arrendado,

creyendo que su propietaria no volvería nunca. Y Soledad, ahora, descubre de improviso que habitan allí la juventud y el amor.

Empuja la cancela del huerto y se adelanta, bruscamente herida en sus más entrañables memorias.

Un rapaz sale a recibirla, hermoso y rubio lo mismo que Arcángel.

—¿Quién es usted?—pregunta con ardiente curiosidad.

—¿Quién eres tú?—balbuce como en sueños la viajera.

—Soy Querubín.

Ella le abraza con ansioso trasporte, le contempla con enloquecida expresión, y descubre en los ojos cándidos de la criatura el ascua remota de una estrella, el fulgor de una mirada inolvidable, mientras oye cómo el murmullo de lo infinito palpita en la oscuridad.

La madre de Querubín se asoma solícita a buscarle, y al ver al niño entre el manto de luto de una desconocida, acude con los brazos abiertos como alas.

—No le hago ningún daño—murmura Soledad—. Se le entrega a la mujer feliz, y añade con ferviente actitud:

—¡Que os bendiga Dios!

—¿Quién es usted?

Pero la viajera no atiende a la nueva pregunta;

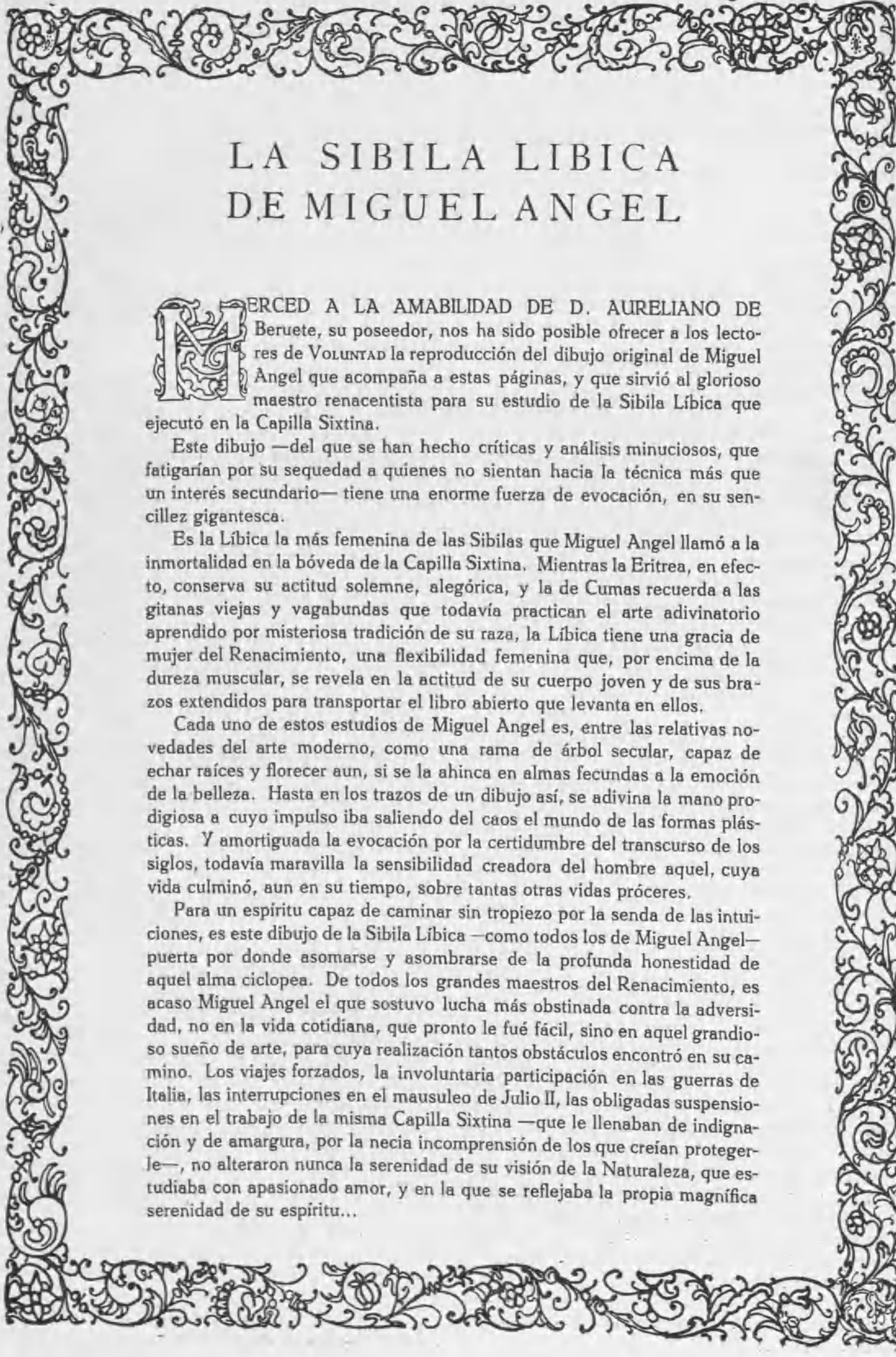
sube la mirada a la ceniza luminosa de los astros, traspone el huerto, le cierra con un respeto humilde, y se aleja pensando que al día siguiente otorgará la casa en propiedad a Querubín, para que la memoria de su hijo quede más encendida que nunca en el aldeano rincón.

Porque sabe, entonces, de una manera conmovedora y providencial, que jamás se extinguen los lumineros del Señor en las cimas oscuras de las nubes ni en los ojos muertos de los niños; que ninguna huella humana perdura con tan fuerte virtud como la que lleva consigo el eterno influjo de la caridad. Le parece oír cómo el fino rodaje de las cunas levanta en los campos de la existencia un eco augusto de esperanzas, por encima de las fosas: la vida y la muerte dicen a la pobre mujer, en aquella hora rara de comprensión, muchos graves secretos consoladores.

Y emprende su camino de retorno con tranquila mansedumbre, bajo las alas abiertas de los cielos...

CONCHA ESPINA





LA SIBILA LIBICA DE MIGUEL ANGEL

MERCED A LA AMABILIDAD DE D. AURELIANO DE Beruete, su poseedor, nos ha sido posible ofrecer a los lectores de *VOLUNTAD* la reproducción del dibujo original de Miguel Ángel que acompaña a estas páginas, y que sirvió al glorioso maestro renacentista para su estudio de la Sibila Líbica que ejecutó en la Capilla Sixtina.

Este dibujo —del que se han hecho críticas y análisis minuciosos, que fatigarían por su sequedad a quienes no sientan hacia la técnica más que un interés secundario— tiene una enorme fuerza de evocación, en su sencillez gigantesca.

Es la Líbica la más femenina de las Sibilas que Miguel Ángel llamó a la inmortalidad en la bóveda de la Capilla Sixtina. Mientras la Eritrea, en efecto, conserva su actitud solemne, alegórica, y la de Cumas recuerda a las gitanas viejas y vagabundas que todavía practican el arte adivinatorio aprendido por misteriosa tradición de su raza, la Líbica tiene una gracia de mujer del Renacimiento, una flexibilidad femenina que, por encima de la dureza muscular, se revela en la actitud de su cuerpo joven y de sus brazos extendidos para transportar el libro abierto que levanta en ellos.

Cada uno de estos estudios de Miguel Ángel es, entre las relativas novedades del arte moderno, como una rama de árbol secular, capaz de echar raíces y florecer aun, si se la ahinca en almas fecundas a la emoción de la belleza. Hasta en los trazos de un dibujo así, se adivina la mano prodigiosa a cuyo impulso iba saliendo del caos el mundo de las formas plásticas. Y amortiguada la evocación por la certidumbre del transcurso de los siglos, todavía maravilla la sensibilidad creadora del hombre aquel, cuya vida culminó, aun en su tiempo, sobre tantas otras vidas próceres.

Para un espíritu capaz de caminar sin tropiezo por la senda de las intuiciones, es este dibujo de la Sibila Líbica —como todos los de Miguel Ángel— puerta por donde asomarse y asombrarse de la profunda honestidad de aquel alma ciclopea. De todos los grandes maestros del Renacimiento, es acaso Miguel Ángel el que sostuvo lucha más obstinada contra la adversidad, no en la vida cotidiana, que pronto le fué fácil, sino en aquel grandioso sueño de arte, para cuya realización tantos obstáculos encontró en su camino. Los viajes forzados, la involuntaria participación en las guerras de Italia, las interrupciones en el mausoleo de Julio II, las obligadas suspensiones en el trabajo de la misma Capilla Sixtina —que le llenaban de indignación y de amargura, por la necia incomprensión de los que creían protegerle—, no alteraron nunca la serenidad de su visión de la Naturaleza, que estudiaba con apasionado amor, y en la que se reflejaba la propia magnífica serenidad de su espíritu...



APROPOSITO PARA UNA FIESTA DE CARIDAD

PERSONAJES:

CASTAÑUELA, arbitrista.

CLEMENTE GÓMEZ, ciudadano adinerado y caritativo.

ROSA, doncella.

La acción en Madrid... o en cualquier parte donde haya pobres. Despacho lujoso y elegante en casa de Clemente Gómez. Es por la tarde, en Mayo.

(Clemente, sentado, lee un periódico. Sale Rosa. En la mano trae una tarjeta que en tiempo fué blanca.)

ROSA.—Señorito.

CLEMENTE.—¿Qué quieres?

ROSA.—Otra vez este hombre.

CLEMENTE.—¿Cómo?

ROSA.—Este hombre otra vez. *(Le da la tarjeta).*

CLEMENTE.—¡Caramba, qué pelmazo! ¡Dichoso Castañuela de Dios! Dile que he salido.

ROSA.—¡Si me ha dicho que le ha oído a usted estornudar!...

CLEMENTE.—¡Pues dile tú que quien ha estornudado es otro!

ROSA.—Es que ha visto salir a toda la familia.

CLEMENTE.—¡Pues habrá estornudado el perro! ¡Qué pesadez de hombre! Nada, que se ha propuesto que le reciba y lo va a conseguir.

ROSA.—¡A mí me da más lástima!... Viene el pobrecito como para cogerlo con unas tenazas y echarlo a la basura.

CLEMENTE.—Y, sin embargo, se anuncia por tarjeta.

ROSA.—Porque será de buena familia.

CLEMENTE.—Anda, dile que pase. Lo despacharemos en dos minutos.

ROSA.—¡Infeliz! *(Váse por Castañuela).*

CLEMENTE.—¡Un sablazo más! ¡Como si lo estuviera viendo!

(A poco se presenta Castañuela, nuestro héroe, derrotado aunque no indecoroso.)

CASTAÑUELA.—¿Da usted su permiso?

CLEMENTE.—Adelante.

CASTAÑUELA.—Muchas gracias. ¿Tengo el honor de hablar con D. Clemente Gómez?

CLEMENTE.—Servidor de usted.

CASTAÑUELA.—Usted ya sabe quién soy yo por mi tarjetita.

CLEMENTE.—Castañuela, arbitrista, dice.

CASTAÑUELA.—El mismo. *Donnez-moi la carte.*

CLEMENTE.—¿Cómo?

CASTAÑUELA.—Que me dé usted la tarjetita, porque es la última que me queda, y un ciento vale seis reales.

CLEMENTE.—Tómela usted.

CASTAÑUELA.—Gracias.

CLEMENTE.—Y usted me dirá qué desea.

CASTAÑUELA.—Sí, señor. Usted, señor Gómez, es una de las personas de más talento que hay en Madrid.

CLEMENTE.—¡Por Dios, señor de Castañuela!

CASTAÑUELA.—No es adulación. ¡Pero yo tengo cincuenta veces más talento que usted!

CLEMENTE.—¡Caramba!

CASTAÑUELA.—Así como suena: cincuenta veces más talento que usted.

CLEMENTE.—No lo dudo un instante; sino que le luce a usted muy poco.

CASTAÑUELA.—¡Ah! Consecuencia de haber nacido en tierra ingrata.

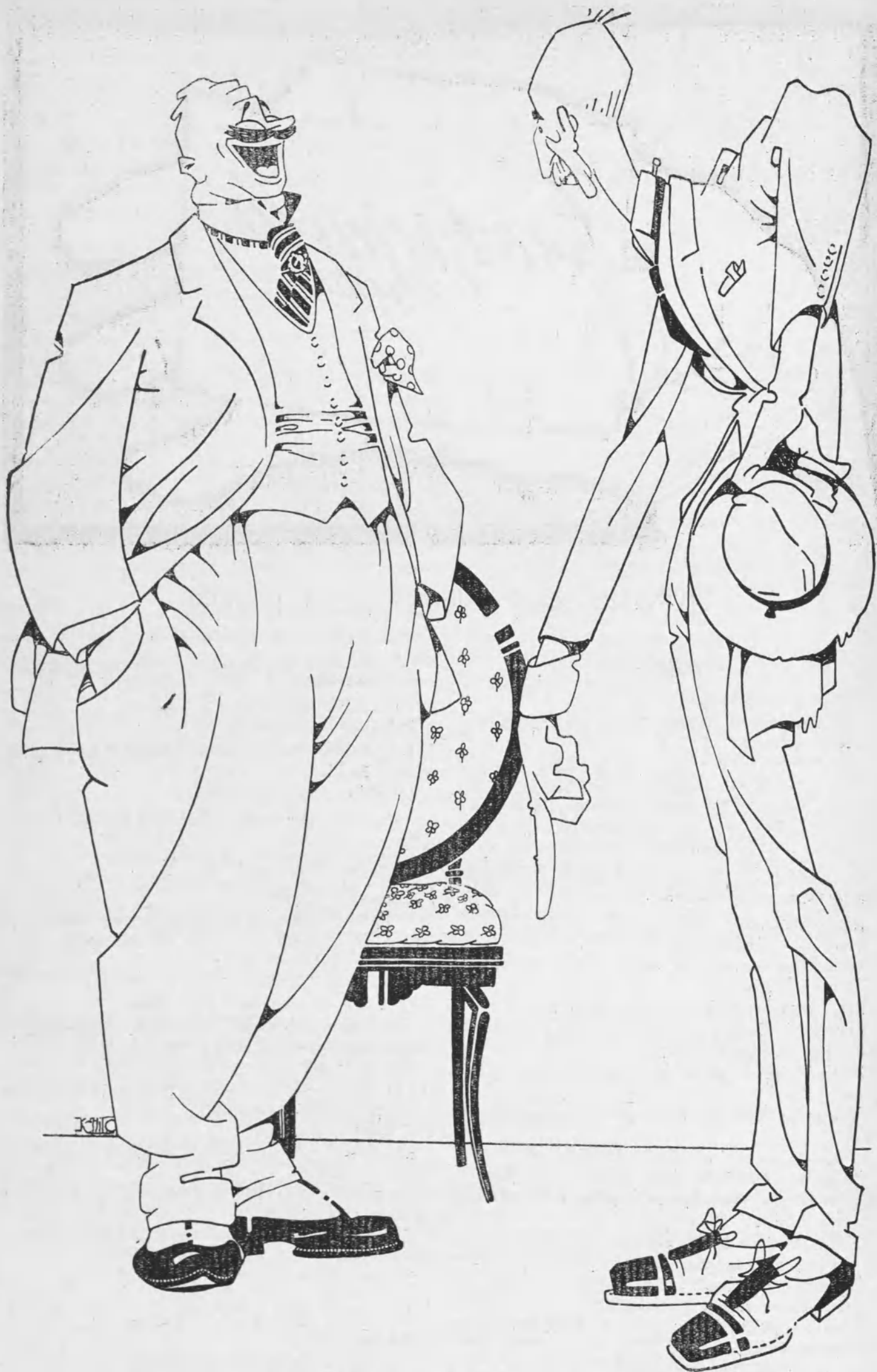
Ya usted conoce aquello de

*... que Cervantes no cenó
cuando terminó el Quijote.*

O lo otro de

*... para todos fuiste madre
y madrastra para mí.*

CLEMENTE.—¿Es usted malagueño?



CLEMENTE.—¿Y ha tenido usted hijos?
CASTAÑUELA.—Yo, no; mi señora.

CASTAÑUELA.—No, señor: yo nací en una diligencia, entre Tembleque y Algodor. Mi patria es el camino. Desgraciado, ignorado, como tantos hombres de mérito. Vea usted qué pelaje. Cuando me quito estos pantalones... se arrojan solos. La americana la voy a colgar y echa a correr la percha. Y este sombrero —márelo— era hace quince años un precioso jipi... y hoy apenas es un jipío. ¡Con la maravilla de cabeza que lleva debajo! ¡Jesús! ¡Valiente injusticia!

CLEMENTE.—Pero, bueno, dígame usted ya —porque empiezan a impacientarme sus alabanzas propias— en qué consiste ese gran talento que Dios le ha dado a usted.

CASTAÑUELA.—¿Nos sentamos?

CLEMENTE.—¿Va a ser muy larga la conferencia?

CASTAÑUELA.—Hasta que usted se canse. Molestarlo no quiero ni tanto así.

CLEMENTE.—Sentémonos, entonces.

CASTAÑUELA.—Gracias.

CLEMENTE.—Y usted dirá.

CASTAÑUELA.—De esta sesera que usted ve, señor Don Clemente, han salido y salen arbitrios a montones, capaces de salvar a España.

CLEMENTE.—¿Hola?

CASTAÑUELA.—¡Qué talento tengo! Y sin embargo, nadie me conoce todavía. Yo sé que usted, como corazón generoso, se preocupa de las atenciones de la caridad.

CLEMENTE.—Evidentemente.

CASTAÑUELA.—La caridad es una boca insaciable.

CLEMENTE.—Justo.

CASTAÑUELA.—Siempre falta dinero: no bastan funciones, rifas, ni donativos particulares...

CLEMENTE.—No bastan.

CASTAÑUELA.—¿Y sabe usted por qué? Porque esos recursos son muy limitados. Son fuentes que se secan. Es menester buscar el agua de los ríos y de los mares, que no se acaba nunca. Usted se está riendo para dentro. Ríase usted para fuera, que yo no me enfado.

CLEMENTE.—¿No?

CASTAÑUELA.—¡Qué disparate! ¡De Colón se rieron en todas las cortes de Europa, y allí estaba el otro Mundo para él! A lo que iba: es preciso discurrir distintos recursos; salirse de la vulgaridad. Yo le voy a hablar a usted de dos impuestos extraordinarios de mi invención, que como se implanten en Madrid, se acabaron los pobres.

CLEMENTE.—Eso habría que verlo.

CASTAÑUELA.—Con probarlo hasta. Escuche usted. Mis impuestos son los siguientes; impuesto sobre el *disgusto evitado*, uno; e impuesto sobre la *alegría súbita*, el otro. No aguante usted la risa.

CLEMENTE.—No, no la aguanto; ya ve usted que me río con naturalidad. ¿Conque impuesto sobre el *disgusto evitado*?

CASTAÑUELA.—¿Parece broma, eh? Pues hay que fijarse. ¡Una millonada se recaudaría! Porque no habrá persona de conciencia que no contribuya. Eso sí: mis impuestos se fundan en la conciencia. Si no hay conciencia estoy perdido. Parto de la base de que, todo el que tiene, quiere aliviar al menesteroso.

CLEMENTE.—Así es.

CASTAÑUELA.—Así debe de ser por lo menos. Impuesto del *disgusto evitado*. Para que usted lo comprenda bien, vayan dos ejemplitos: Un caballero se fuma todos los días seis puros de a peseta, y el médico le ha dicho que fume menos, y así no le dolerá la cabeza, ni se le estropeará el estómago, ni originará la arteriosclerosis; pues en lugar de fumarse seis puros se fuma tres, y las tres pesetas de dife-

rencia las deja para la caridad todos los días. El estómago y la cabeza buenos, las arterias más... más *souples*, disgusto evitado... y la caridad satisfecha. ¡Y ahora sume usted fumadores a los que les hace daño el tabaco! ¡Y eche usted pesetas.

CLEMENTE.—Sí, señor: es verdad. Muy bien, muy bien.

CASTAÑUELA.—¿Se va usted penetrando? Lo que digo del tabaco no lo digo del vino, para que no se asuste usted de la recaudación. ¿Hay chispa o no hay chispa?

CLEMENTE.—Hay, hay chispa.

CASTAÑUELA.—Ejemplo del disgusto evitado, en algo más modesto, pero también considerable. Una señora que pesa ciento veinte kilos tiene la manía de pesarse una vez por semana, a ver si pierde peso. Como en lugar de perderlo lo gana, cada vez que se pesa se lleva un disgusto. Pues que se pese nada más que una vez al año, y las perras gordas de la báscula que las eche en los cepillos de la caridad. Así no tendrá más que un disgusto cada doce meses... en beneficio de los pobres. ¡Y piense usted al punto en la cantidad de señoras que hay que quieren pesár menos! ¡Un dinerall!

CLEMENTE.—Amigo Castañuela, choque usted esos cinco.

CASTAÑUELA.—Con mucho gusto. ¡Pero le advierto a usted que no he empezado todavía! ¡Esos son dos casos entre millares! Oiga usted, oiga usted. Este impuesto del *disgusto evitado* tiene un capítulo para recaudar una fortuna.

CLEMENTE.—¿Cuál?

CASTAÑUELA.—La contribución de los solteros. ¿Eh? ¿Qué hay de esta chirigota?

CLEMENTE.—¿La contribución de los solteros? ¿Y eso pertenece al *disgusto evitado*?

CASTAÑUELA.—¿No ha de pertenecer? ¿Usted sabe los disgustos que se evitan los que no se casan?

CLEMENTE.—¡Ja, ja, ja! ¿Usted es casado, Castañuela?

CASTAÑUELA.—Yo no: mi señora.

CLEMENTE.—¿Cómo su señora?

CASTAÑUELA.—Porque yo era viudo cuando contraje segundas nupcias.

CLEMENTE.—¿Y eso, qué?

CASTAÑUELA.—Nada; que en la cédula de vecindad me sigo poniendo viudo... para hacerme ilusiones.

CLEMENTE.—¿Y ha tenido usted hijos?

CASTAÑUELA.—Yo no: mi señora.

CLEMENTE.—¡También su señora! ¿Y suegra, tiene su señora.

CASTAÑUELA.—Esa la tengo yo. Por cierto que con ella no me vale mi impuesto: los disgustos son inevitables. Pero no perdamos el hilo. Contribución de los solteros, por evitarse los del matrimonio. ¡Eso es de justicia pagarlos! ¿Usted quiere tener la comodidad de mirar a unas y a otras sin que nadie le dé un pellizco? ¿Usted no quiere pasear por las afueras a su costilla cuando la costilla necesita de esos paseos? ¿Usted quiere disfrutar de un sueño beatífico y que no se lo turbe ningún rorro echando los dientes? ¿Usted no quiere echar las muelas buscándoles zapatos y vestidos a la esposa y a los retoños, etc., etc.? Pues aquí de mi contribución. Soltero de veinticinco años: una peseta al día para la caridad. Soltero de treinta: dos pesetas al día. Soltero de cuarenta: tres. Soltero de cincuenta: cuatro. Hay que ir apretando los tornillos gradualmente. A más años de soltería mayor contribución.

CLEMENTE.—¿Y hasta qué edad impondría usted esas contribuciones?

CASTAÑUELA.—Hasta los sesenta. ¡Porque el que se casa a los sesenta las paga todas juntas!

CLEMENTE.—Señor Castañuela: le reconozco complacido el gran talento de que se jacta usted.

CASTAÑUELA.—Es enorme: no me deja dormir. Y vivo en la sombra. Y este proyecto de la contribución sobre la soltería como tantos otros que arden en mi caletre, vendrán el día menos pensado con el marchamo del extranjero y todo será entonces abrir la boca de admiración. Y lo plantea el pobre Castañuela arbitrista, y gracias a que usted lo elogie. Pero verá usted como el gobierno no me llama. Adelante.

CLEMENTE.—¿Cuál es el otro impuesto extraordinario que ha ideado usted?

CASTAÑUELA.—De ese estoy, si cabe, más orgulloso; porque es más delicado, más poético. ¿Dónde se ha visto nunca un impuesto poético? Pues este mío lo es.

CLEMENTE.—¿Cómo le llamó usted, que no recuerdo?

CASTAÑUELA.—Impuesto de la alegría súbita. ¿No lo comprende usted?

CLEMENTE.—La verdad, si usted no me lo explica...

CASTAÑUELA.—Para este impuesto es necesario establecer cepillos profusamente en todas las calles de la población y aun en todas las casas, a fin de que cada cual pueda depositar su óbolo donde la alegría súbita le sorprenda.

CLEMENTE.—¿Qué entiende usted por alegría súbita?

CASTAÑUELA.—Esa emoción imponderable que no se paga con oro en el mundo y que no hay nacido que no experimente. Señor; ello lo dice: la alegría súbita. Una mocita está cosiendo a la ventana de su casa, pensando en su novio que debe llegar de fuera al día siguiente. Y de pronto, ¡zás! el novio que anticipó el viaje. Alegría súbita: perra gorda al cepillo. Un estudiante se examina con el fundadísimo temor de que le van a dar calabazas. Le extienden la nota, y aprobado: alegría súbita: perra gorda al cepillo. Va usted por la calle con un amigo tabarroso, deseando quitárselo de encima, y consigue usted disimuladamente darle un esquinazo: alegría súbita: perra gorda al cepillo. Le sale a usted un negocio mejor que soñaba; le regalan a usted un jamón o una caja de vino; le toca a usted la lotería; se le pone a usted bueno de repente el chiquillo que estaba malo; llueve después de una sequía pertinaz; ve usted a ella en el paseo con el sombrerito que a usted le gusta; se le va a usted su suegra inopinadamente a un balneario; pasa usted una peseta falsa, ¡alegrías súbitas! ¡O la humanidad es perversa e ingrata, o no hay cepillos que basten para tantísimas limosnas! ¡Oraciones acuñadas en calderilla! ¡Bravo! (*Tocándose la frente y el corazón*). Aquí hay algo señor Gómez.

CLEMENTE.—No, no sólo hay algo, señor de Castañuela, sino mucho.

CASTAÑUELA.—Mucho, mucho: esa es la verdad. Aquí y aquí. ¡Lástima que me perjudique también mi ropa; mi pelaje! Si yo me presentara con un chaqué de corte rápido, botines tórtola y monóculo, otro gallo me cantaría. Continúo. El impuesto de la alegría súbita, aplicado a la que tantas veces sienten las mujeres bonitas, daría también un resultado fabuloso. Dicho se está que todas las bonitas saben que lo son y están acostumbradas a ello; pero cada vez que se miran al espejo y lo recuerdan y confirman, no se cambian por nadie. Alegría súbita: contribución al canto.

«¡Cómo me brillan hoy los ojos!»... Perra gorda. «¡Con qué buen color he amanecido!» Perra gorda. «¡Qué salado está mi lunar esta mañana!» Perra gorda. «¡Ay qué bien me he puesto la mantilla!» Perra gorda. «¡Qué graciosa estoy cuando me río!» «¡Qué filita de dientes enseñó!» Dos perras gordas. Y así hasta lo infinito; porque no me voy a poner a contar las estrellas del cielo. ¡Una minal! ¡Claro que hay caras como para arruinar a fuerza de perras a los papás o a los maridos!

CLEMENTE.—¡Admirable, insigne Castañuela, admirable! Es usted genial.

CASTAÑUELA.—¿No se lo dije a usted?

CLEMENTE.—Me encantan sus proyectos, por absolutamente originales; y ese de la alegría súbita merece un diploma de honor. ¿Será usted tan amable que me los envíe por escrito?

CASTAÑUELA.—¿Cómo no, señor Gómez? ¡Usted me hace feliz! ¡Ya encontró este nuevo Colón a su padre Marchena! Recibirá usted una exposición detallada de los dos impuestos, el del disgusto evitado y el de la alegría súbita, con todas sus derivaciones. Y para darle mayor solemnidad la escribiré en papel de a peseta.

CLEMENTE.—No hace falta.

CASTAÑUELA.—A mí si me hace falta. Dicho sea con perdón, me parece más serio. En papel de a peseta, sí. Y calculo que invertiré seis o siete pliegos entre todo.

CLEMENTE.—¿Seis o siete pliegos?

CASTAÑUELA.—Sí señor; total, seis o siete pesetas. Pero demé usted cinco nada más, y meteré la letra un poquillo.

CLEMENTE.—Como guste. Tómelas usted.

CASTAÑUELA.—Un millón de gracias. A estar ya establecido el impuesto de la alegría súbita, ahora mismo echaba yo en el cepillo cuatro perras gordas.

(*Vuelve Rosa, con cara de júbilo.*)

ROSA.—Señorito.

CLEMENTE.—¿Qué hay?

ROSA.—Que le llaman a usted por teléfono.

CASTAÑUELA.—¡Le deseo a usted una alegría súbita!

CLEMENTE.—Pues le pagaré con una limosna; yo se lo fio., ¿Y tú por qué te ríes, muchacha?

ROSA.—¡Porque acabo de hacer las paces con mi novio!

CASTAÑUELA.—¡Alegría súbita! ¡Los pobres van a hacerse ricos!

CLEMENTE.—Por lo menos bien podrían dejar de ser pobres.

AL PUBLICO

Se presentó Castañuela con carácter de humorista, mas debe fundar escuela tan peregrino arbitrista.

Aprovechad lo escuchado, y dad limosna inmediata tras el disgusto evitado, y tras la sorpresa grata.

FIN

S. y J. ALVAREZ QUINTERO

